

memorialibertaria

Una calle para Valentín

El pasaje del Mercado de Abastos de Valencia, donde se produjo su muerte, llevará el nombre de Valentín González Ramírez

Estos días en que se cumplen 40 años de los asesinatos de los abogados de Atocha, son una buena ocasión para no dejar de recordar que la tan cacareada Transición ejemplar tuvo más oscuros que claros, y que fueron muchos los resortes que se tocaron para conseguir que, como decía Giuseppe di Lampedusa, todo cambiara para que todo quedara igual.

Y hay que seguir acordándose de que el asesinato de quienes trataban de generar cambios reales estaba dentro de las agendas políticas en aquellos momentos. Y hay que seguir acordándose de que el terror fue una herramienta imprescindible para conseguir sus objetivos, como lo es ahora, como lo fue siempre.

Escuchando los reportajes que se están haciendo por los medios de comunicación oficialistas, pareciera como si el terror de la Transición hubiera sido obra únicamente de sectores ultras aferrados a la dictadura, que no querían alcanzar la ansiada democracia, objetivo último de los y las españolas de bien, y que gracias a la perseverancia de la gran clase política y sindical del momento hubieran fracasado.

Sin embargo, la realidad, todos lo sabemos, fue muy diferente. Fueron más de quinientas las personas asesinadas, según las investigaciones llevadas a cabo por el historiador Mariano Soler; asesinadas por la ultraderecha o por la policía, militantes de muy diferentes colectivos e ideologías, de diferentes edades, todas demasiado jóvenes para haber terminado así su vida, de un extremo a otro del país; más de quinientas vidas segadas para que, tras la apariencia de cambio, todo siguiera igual, para que las mismas familias se siguieran lucrando entonces y lo sigan haciendo hoy, para que igual corrupción continúe carcomiendo la sociedad y sus obsoletas instituciones, para que la Iglesia campe por sus respetos y el folklore, artístico o deportivo, adormezca a la mayoría.

Quinientas personas asesinadas, más de tres mil heridas, y si salimos a la calle, la mayoría de los habitantes de este país no sería capaz de recordar a ninguna, no ya por nombre, tampoco por los hechos que desencadenaron su muerte.

Pero esta ignorancia no es casual, detrás de cada suceso la maquinaria mediática, los cortafuegos de la información, se ponían rápidamente en marcha para evitar que la información trascendiera del entorno más próximo si era posible, o hacer creer que era una situación extraordinaria, de grupos radicales aislados. En ningún caso se permitía que pudiera percibirse la magnitud del drama que el apa-

rato represor estaba desencadenando.

La vida de Valentín González fue una de las segadas por la Transición, y a pesar de la conmoción que su muerte por una pelota de goma disparada a bocajarro causó en Valencia, a

muerte de un joven de 20 años a manos de la policía pudiera causar la indignación de la sociedad. Se ocultó y silenció, se escenificó un juicio títere, en el que a nadie se condenaba y todo seguía igual, bajo la amenaza de los furgones policiales atentos al

se tomaban en Madrid, Vitoria, Alicante, Barcelona... Sin embargo, a pesar de sus empeños, nuestros compañeros y compañeras no han vuelto a ser asesinados a través del olvido absoluto. El empeño de quienes estaban más cerca física o emo-

de sus compañeros del sindicato que año tras años han vuelto al Mercado de Abastos donde cayó muerto, a visibilizar ante la sociedad su pérdida, y que han ido tomando iniciativas para conseguir que la ciudad que lo vio nacer y morir lo recuerde.

Fruto de ese empeño fue el que aún con el gobierno del PP en el Ayuntamiento, se consiguiera poner una placa en el instituto que ahora hay en el mismo lugar donde fue asesinado; un primer paso importante, después han seguido charlas, debates, concentraciones, libretos...

El documental que sobre su memoria se realizó, y que tanta aceptación y difusión ha tenido, ha sido un homenaje al compañero, pero también a esa memoria que no podemos perder, a la de todas las personas asesinadas, a las de tantas ilusiones truncadas, a la denuncia de las mentiras que hicieron posible la realidad que ahora vivimos.

Hay muchos valentines, yolandas, salvadores, guillems, gladys... cuyas vidas y muertes no podemos permitir que sean estériles, y hemos de reconocer y apoyar la gran labor que desde plataformas de memoria histórica y sindicatos se hace para mantenerla.

Y en esa dirección, aprovechando los nuevos ayuntamientos del cambio, se ha logrado que se ponga el nombre de Valentín González al pasaje junto al que se produjo su muerte, hemos de agradecer las gestiones hechas por la Plataforma de la Memoria Histórica del País Valencià, y de nuestros compañeros de CNT y CGT, que han hecho un frente común sólido para conseguirlo.

Estamos de enhorabuena, hemos dado un paso más; pero debemos continuar luchando contra el olvido, y manteniendo sus memorias vivas, como homenaje a cada una de las personas represaliadas, pero también como herramienta que permita avanzar en nuestra lucha por un mundo nuevo, justo y solidario.

En Valencia seguiremos reclamando que se haga un monolito que apoye la designación de la calle y no se convierta en otro de tantos nombres anónimos, pero en el resto del Estado igualmente son muchas las compañeras y compañeros que siguen reclamando espacio de memoria para tanto dolor provocado por la avaricia y las ansias de poder, gracias a todas ellas por mantener en nuestra memoria la imagen de sus víctimas y el recuerdo de unas vidas que debieron estar, aún hoy, a nuestro alrededor luchando por la revolución.

Emilia Moreno de la Vieja
Sindicato de Administración Pública de Valencia



Hay muchos valentines, yolandas, salvadores, guillems, gladys... cuyas vidas y muertes no podemos permitir que sean estériles, y hemos de reconocer y apoyar la gran labor que desde plataformas de memoria histórica y sindicatos se hace para mantenerla

pesar de que toda la ciudad paró en la huelga convocada el día de su entierro y que las calles estaban abarrotadas, el silencio mediático impuesto impidió que el resto del país supiera de la tragedia.

Desde el primer momento se aplicaron todos los cortafuegos posibles para evitar que la



menor desorden; y se procuró que cuanto antes se restañara la herida y se volviera a la "normalidad". Todo llevaba a que olvidáramos que el 25 de junio de 1979 un joven de 20 años fue asesinado a manos de la tan, a esas alturas, democrática policía. Iguales medidas que las que

cionalmente ha mantenido su memoria latente y con mayor o menor eco se han venido haciendo homenajes y actos en sus memorias.

Valentín González ha contado desde el primer momento con la voluntad de su familia, que no ha cejado en ningún momento y la

memoria **libertaria**

OBITUARIO



Que en paz descanses, Jaime

Conocí a Jaime Pozas de Villena en los comienzos del postfranquismo en el aeropuerto de Barajas, donde los dos habíamos acudido por separado para dar la bienvenida a Diego Abad de Santillán, que había decidido regresar a España después de su largo exilio en Argentina. A partir de ese momento se inició entre nosotros una amistad que duraría hasta su reciente muerte.

Aunque la amistad que nos unió durante cuarenta años tenía como raíz nuestras respectivas convicciones libertarias, nuestra relación fue de carácter fundamentalmente humano y no militante, ya por el hecho de que tras mi fase de actuación clandestina en la CNT de Barcelona, puse fin a mi militancia política y me fui a Alemania en 1959. Y si con el tiempo tuve sobrada razón para estar al corriente de las actividades de mi amigo en el ámbito universitario y más tarde en el seno de la Confederación, fue por lo que él y otros compañeros me contaban, no por experiencia o conocimiento directo.

Jaime me honró desde el primer momento con un gran afecto y una absoluta confianza, y nuestra amistad no necesitó de mucho tiempo para consolidarse como definitiva. Ello explica que entre nosotros no surgieran divergencias serias o discusiones ásperas, como ocurriría por desgracia a menudo con otros militantes y compañeros que él trataba. Desde el principio de nuestra relación Jaime me llenó de atenciones. En fecha tan temprana como la de abril de

1977, fui, con mi esposa y nuestra hija, huésped de su hospitalidad y la de su hermana María Teresa en Ginebra, donde pasamos un grato fin de semana gozando de su compañía, conversando o paseando por las hermosas calles de la ciudad, una vivencia de la que dejé testimonio en mi libro de poemas *Viajero en la tierra*.

Cuando me hallaba en Madrid -y ello ocurría con bastante frecuencia- no dejaba nunca de ver a Jaime y compartir con él o con amigos comunes como Juan Alcalde, su compañera Silvia, Javi o Cayetano Núñez entrañables horas de comunicación. A veces nos encontrábamos en el Ateneo, donde Jaime acudía todas las semanas para estar presente en las charlas que Agustín García Calvo daba en una de sus salas. Durante un tiempo puso a mi plena disposición el piso que tenía en la calle de Mesón de Paredes. Fui también de vez en cuando huésped suyo en la pequeña heredad que poseía en no recuerdo qué pueblo de la provincia de Toledo, que se convirtió en su último domicilio. Muchos de nuestros encuentros tuvieron lugar en Barcelona, ciudad en la que residía su hermana María Teresa y a la que él acudía con frecuencia. Solíamos almorzar juntos en un restaurante cercano a la Plaza de la Universidad, al que ambos acudían diariamente. En una de mis últimas estancias en la ciudad condal, Jaime y María Teresa tuvieron la gentileza de poner a mi disposición el piso vacío que había pertenecido a su padre. Dado que ellos vivían cerca, Jaime se acercaba todas

Fue su idealismo inquebrantable lo que le permitió afrontar con serenidad y dignidad los desengaños que sufrió y los golpes adversos que el destino no dejó de asestarle

las mañanas al piso ocupado por mí para hacerme compañía y pasar varias horas juntos sentados en las terrazas de algunos de los muchos cafés y restaurantes que había por los alrededores.

Cuando Jaime se vio obligado a buscar trabajo en Inglaterra, se las arregló para visitarme en Alemania, donde pasó varios días conmigo y con mi esposa Gisela, a la que conoció desde muy al principio de nuestra amistad y con la que se entendía hablando en inglés. Aparte de nuestros regulares encuentros personales, manteníamos un asiduo contacto epistolar y telefónico. Sobre todo al principio de nuestro epistolario, las cartas que Jaime me escribía versaban a menudo sobre su época universitaria al frente de la rebelión de los estudiantes antiautoritarios y la infame vileza que los comunistas cometieron al calificarle de agente provocador al servicio de la policía. En una de sus cartas, resumía el trasfondo de las maquinaciones urdidas contra él, iniciadas ya en 1965: "La Asamblea Libre sigue las sesiones. El PC, la DC, el Opus hacen pacto de formar un sindicato

representativo, en donde llevar a cabo la reconciliación nacional. Yo estoy en la presidencia de la Asamblea y no me presto a la maniobra de disolverla y pasar su gestión a la representación pactada de los grupos. Por ello surge la afirmación: es un confidente de la policía. La afirmación la hará Pilar Bravo Castell (ahora del Ejecutivo del PCE) y durante años será una pesada agresión contra mí. Se llegará al límite en enero de 1968; el hijo del Sr. Maravall (Agustín), dirá en una asamblea de su Escuela de Ingenieros Agrónomos, que los autobuses quemados enfrente de Medicina por un grupo de ácratas dirigidos por un provocador a sueldo de la policía (surgió mi nombre)". Detenido poco después, el presunto "confidente" ácrata pasará cuatro años en la cárcel y no podrá reanudar sus estudios porque está expulsado a perpetuidad de todas las universidades españolas, mientras los que le acusan pueden obtener tranquilamente sus diplomas y seguir actuando en pro de su partido sin que la policía les moleste.

He reivindicado in extenso la figura de Jaime en esa fase clave de su biografía, en un manuscrito sobre la dictadura de Franco que escribí en los primeros años del postfranquismo, pero que Jaime no tuvo por desgracia ocasión de leer porque no hubo ninguna editorial que se atreviera a publicar mi ajuste de cuentas con el régimen franquista. A pesar de los diversos reveses y males que a lo largo de su vida sufrió, Jaime era todo lo contrario de un resentido o amargado. Recuerdo como si fuera hoy, que cuando paseábamos por la Plaza Mayor, la Plaza de Santa Ana y otros lugares madrileños de su predilección, solía canturrear alegremente "anarquía, cada día".

Los favores y atenciones que debo a mi amigo son incontables. Cuando en el año 1999 empecé a escribir en lengua alemana mi libro *Die libertäre Revolution* y necesitaba documentación en castellano sobre el tema, Jaime puso a mi plena disposición su copiosa biblioteca, muy rica en bibliografía ácrata, permitiéndome incluso que me llevara libros a Alemania. Gestos generosos como éste y la ayuda valiosísima que me prestaron Manuel Carlos Amador y Florentino Martín Monje desde la Fundación Anselmo Lorenzo, hicieron posible que yo dispusiera de la documentación que necesitaba para escribir mi libro.

Entre las muchas virtudes que descubrí en Jaime, una de las que más le caracterizaba era su innato sentido de la generosidad, y ello no sólo en el plano material sino también por la generosidad altruista que llevaba muy adentro de sí mismo y que fue la causa de que desde muy joven consagrara su vida a un ideal superior. Y fue asimismo este idealismo inquebrantable lo que le permitió afrontar con serenidad y dignidad los desengaños que sufrió y los golpes adversos que el destino no dejó de asestarle, como ocurre a menudo con las almas nobles y excelsas.

Cuando a principios de diciembre último tuve la alegría de poder abrazarte en casa de tu hermana María Teresa, no podía never ni adivinar que ya no te vería nunca más. De ahí que haya llegado la hora de decirte adiós y de darte las gracias por todo lo que fuiste para mí y para las numerosas personas que tuvieron la suerte de conocerte y de gozar de tu entrañable amistad.

Heleño Saña